

GADAMER, HANS-GEORG, *EL INICIO DE LA FILOSOFÍA OCCIDENTAL*,
EDICIONES PAIDÓS, BARCELONA, 1995, 135 PÁGS.

*Juan Manuel Cuartas R.**

Las diez lecciones sobre el inicio de la filosofía griega impartidas por Hans-Georg Gadamer en enero de 1988 en el Instituto Italiano per gli Studi Filosofici, de Nápoles, llegan a la lengua española un poco tarde, pero conservando la primicia de sus ideas, las cuales pasamos a esbozar:

El principio de la cultura occidental, es decir, de los problemas que en el marco de la cultura confrontan los orígenes del pensamiento y de la religión, y que arrostrará la historia de occidente, son localizados por Gadamer en la investigación inacabada sobre los presocráticos, de cuyo mérito deduce nada menos que la comprensión de nuestro destino. Aunque es bien conocida la tesis de Gadamer según la cual la única aproximación filosófica posible a los presocráticos debe hacerse, no en los fragmentos de Tales a Demócrito, según él tardías y parciales reconstrucciones doxográficas de autores griegos, latinos y cristianos, sino en la primera fuente segura de su tratamiento y exposición, Platón y Aristóteles: "todo lo demás -comenta Gadamer- es historicismo sin filosofía" (p. 14).

Pero el inicio de la filosofía griega tendrá en Hegel una segunda versión cuando, en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía universal* dio a entender que lo ético ejerce un poder despótico sobre el sujeto, y que como tal es entre los griegos, y no en otra parte, donde nos sentimos como en nuestra propia patria, pues estamos en el terreno del espíritu. En esa búsqueda de una conciencia de la determinación histórica del hombre, que involucrará posteriormente a autores como Dilthey, quien retomará desde un principio la cuestión del encuentro del hombre consigo mismo, reconocerá Gadamer la progresión de una de las reflexiones centrales y recurrentes de occidente desde los presocráticos, el cristianismo, Lutero y Kant; el problema de la libertad.

* Profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad del Valle.

A partir de la lección III, «El terreno sólido: Platón y Aristóteles», Gadamer se propone sembrar claridad en torno a una serie de lugares comunes, o más bien soluciones comunes en relación con el pensamiento griego presocrático; propuestas desde las que se ha querido mirar panorámicamente la filosofía griega como el avance de la disputa inicial entre Heráclito y Parménides; no sin ironía, aduce Gadamer la falta de imaginación en los términos y en la investigación que ha propalado la existencia de “escuelas” presocráticas, sin revisar antes lo que podría implicar una escuela de los siglos VI a IV a. de C, seguramente algo diferente a lo que entendemos hoy bajo el mismo término. Pero la ocurrencia más fortuita estará representada en la falta de observación que supone un salto ¿epistemológico? del *Mythos* al *Lógos* en la filosofía griega... Y en relación con el tratamiento de los dos grandes pilares del pensamiento occidental, Platón y Aristóteles, por supuesto la indagación no se agota con los siglos, aunque Gadamer es enfático en recalcar, por ejemplo, cuánta falsa argumentación ha corrido acerca del lugar de la *Metafísica* al interior de la obra de Aristóteles, obra en la que no ve más que un capítulo de la *Física*, pero que la manipulación por parte de la Iglesia ha conseguido localizar aparte, como corpus entre filosófico y teológico a través del cual se consolida un concepto de lo divino como ser.

Las lecciones IV y V se centran en el problema del alma (*psyché*) como elemento involucrado en el dilema vida/muerte. El Fedón de Platón, como es bien sabido, enfoca en su programa narrativo el último día de la vida de Sócrates, y enriquece la discusión en torno a las funciones de la catarsis, la purificación y la inmortalidad del alma, asentando las bases de una de las discusiones centrales del pensamiento (si no de la cultura) occidental, a la que el cristianismo le brindará gran acogida, enfocando el alma como resolución moral del individuo de cara a la divinidad y a la muerte. “El problema -resalta Gadamer- consiste por encima de todo en comprender el sentido del ente” (p. 71). Pero Platón mismo volverá recurrentemente sobre el tema cuando, en el diálogo el Sofista, y luego en el Teeteto, su reflexión sobre el alma pasará progresivamente al problema del *Lógos* como inauguración del, por Gadamer denominado, “sujeto auto-reflexivo respecto de la realidad”, el cual, al ser dominado por la ciencia moderna y por el método,

cuenta Gadmer "excluye así la participación mutua entre objeto y sujeto, que es lo más elevado de la filosofía griega y, al mismo tiempo, el fundamento de nuestra participación en lo bello, lo bueno, lo justo" (p. 77).

Pero este inicio de la filosofía occidental no tendría su dimensión más acabada si se prescindiera de la participación de Aristóteles y de sus doxografías sobre Platón y los pensadores presocráticos; asunto tratado por Gadamer a partir de las lecciones VII y VIII, donde vislumbra un pensamiento jónico en la Física de Aristóteles. A pesar de la difundida diferenciación entre los jónicos (representados por Heráclito) y los eleáticos (representados por Parménides), Gadamer reconoce que ambos se encuentran en la misma posición de cara a una nueva concepción del universo, respaldados mutuamente por la misma provocación filosófica que los invita a disolver la confusión instaurada por los autores de la teogonía. Pero la polémica de Aristóteles en la *Física* (obra dedicada a la naturaleza) no será ni contra Parménides ni contra Heráclito, sino contra Platón, quien en el *Sofista* niega a los eleatas un puesto en la física, ciencia de las cosas en movimiento, "precisamente porque niegan la existencia del movimiento" (p. 83). Aristóteles se asegura así un papel como revisor de las ideas que le antecedieron, y una vez ganado su prestigio, marcará sin duda el inicio de la filosofía occidental.